

ELEPHANT O ALGUNAS CAUSAS DE LA VIOLENCIA ADOLESCENTE

Elephant or Some Causes for Teenage Violence

Carlos GARCÍA GARCÍA¹
Universidad de Valencia

Resumen

Tomando como referencia una película, este artículo analiza, desde la perspectiva del psicoanálisis aplicado a lo social, algunas posibles causas del aumento de la violencia adolescente en general y, concretamente, en las aulas. En este sentido, se cuestiona la significativa prevalencia de la imagen en la sociedad actual, como afirmación de la subjetividad, la *objetivización* de las relaciones interpersonales, el papel de la economía y la ciencia en todo ello y las respuestas, que los políticos ofrecen al fenómeno de la violencia juvenil. Pero, fundamentalmente, este trabajo pretende abordar cierto aspecto de las actuales relaciones entre padres e hijos, a saber, la pérdida de autoridad moral de los primeros y los efectos que ello puede estar teniendo sobre los segundos.

Palabras clave: violencia adolescente, violencia en las aulas, psicoanálisis social, *Elephant* (film), Gus Van Sant, cine americano.

Abstract

Taking a certain film as a background and starting point, this essay analyzes, from the perspective of social-applied psychoanalysis, some of the causes that, broadly speaking, help explain the increasing teenage violence in our societies and specifically in our classrooms. In particular, we will inquire into the significant dominance of the image nowadays —which symbolizes subjectivity—, the *objectivization* of interpersonal relations, the role played by Economics and Science in all this, and

1. Psicólogo y psicoanalista, Universidad de Valencia. Correo electrónico: carlos-garcia@ono.com

Fecha de recepción del artículo: octubre 2006. Fecha de aceptación: 22 de noviembre de 2006. Versión final: abril de 2007.

the politicians' reactions on the phenomenon of teenage violence. In any case, this essay will basically tackle a certain aspect of current relations between parents and children, that is, the loss of moral authority on the part of the former and the consequences that it may have on the later.

Key words: teenage violence, violence in the classrooms, social psychoanalysis, *Elephant* (film), Gus Van Sant, american films.

Es un día normal en la vida de unos estudiantes de secundaria, de clase acomodada, en un lugar cualquiera de los Estados Unidos². Los protagonistas, que parecen escogidos al azar, se cruzan por los pasillos del instituto ignorando que todos estarán unidos por la tragedia. La cámara registra sus vidas sin apenas mostrar las particularidades de su psicología. Cada pequeño acontecimiento, aquello que damos en llamar *cotidianidad*, se repite desde distintos ángulos, aquellos que ofrece la subjetividad de cada uno.

Gus van Sant, como un alienígena que entra por primera vez en contacto con la especie humana, pone su *objetivo* al servicio del espectador. Así, la mirada del director cobra absoluta relevancia, una mirada impávida, austera y distante que se limita a grabar imágenes.

En principio, Van Sant no nos ofrece razones ni modos de enfrentar la violencia en los adolescentes, no elabora teoría alguna sobre la sociedad sino que muestra fríamente los hechos.

La ideología, a la que ningún discurso es capaz de renunciar, parece en esta película reducida a la mínima expresión³. Apenas se percibe la voz del director, tan sólo su mirada. La misma mirada curiosa, alejada de todo compromiso político, que lleva a uno de los protagonistas, Elías, a fotografiar a sus asesinos en el momento mismo de su muerte, la misma que lleva a Benny a dirigirse hacia el lugar de donde proceden los disparos, sin heroicidad, con la inocencia del niño que descubre el mundo. Estos *alter ego* del director miran intrigados y mueren sin saber por qué.

2. *Elephant* es un film dirigido por Gus van Sant que obtuvo la Palma de Oro y el premio al mejor director en el Festival Internacional de Cine de Cannes de 2003.

3. Sin embargo, hay algunas escenas en las que el director se traiciona a sí mismo ofreciendo una mirada demasiado explicativa e intencionada de las cosas: el debate sobre la homosexualidad, el rumor que invade a Alex en el comedor, las nubes de tormenta que se ciernen antes de la tragedia, etc.

¿Por qué? Todo el mundo quiere conocer las causas de la violencia, sus orígenes y los modos de combatirla. A esta pretensión totalitarista de querer saberlo todo, Gus van Sant contraponen aparentemente la humildad de saberse incapaz de responder a un fenómeno que, según demuestra la Historia, es consustancial al género humano.

En su pretensión de neutralidad, Van Sant se limita a ofrecernos su impecable técnica en el uso de la cámara, en el montaje, en la fotografía, en el sonido... También su particular manejo del espacio, del tiempo y de la luz. Esa luz cegadora que está presente en toda la película, una luz que, en palabras de Félix de Azua, «no vemos, por tenerla siempre ante los ojos»⁴. Luz al tiempo bella y aterradora, tal y como dirá Alex, uno de los asesinos, al final de la cinta: «No he visto día tan feo y, a la par, tan hermoso».

La realidad, en tanto interpretación parcial del mundo, es, a mi modo de entender, la gran interpelada en esta película. Y la primera realidad que nos deslumbra al poco de llegar a la vida es el «yo», esa ilusión de completud, de madurez que el niño construye, precipitada y jubilosamente, ante el espejo y que pretende dar sentido (imagen del cuerpo unificado) a lo que anteriormente no lo tenía⁵. Un «yo» que la sociedad occidental promueve hoy hasta el ridículo: hay que ser fuerte, exitoso, popular, sin fisuras, sin carencias. Ese «yo» que la ciencia, la tecnología y la publicidad no dejan de alimentar con la ilusión de que todo es posible. Todo, desde encontrar el gen causante de cualquier malestar hasta amar y odiar anónimamente vía Internet. El «yo», esa pretensión infantil, es el gran vencedor de estos tiempos.

La fuerza de la *apariencia* (elaboración de sentido) frente a la *verdad* (más cercana pero irrepresentable) está reflejada en el propio título de la película, prestado de un documental de Alan Clarke sobre la violencia en Irlanda del Norte. *Elephant* hace referencia a «una leyenda budista que cuenta cómo varios ciegos examinan diferentes partes de un elefante. Las orejas, las piernas, el rabo, la trompa. Cada ciego está completamente convencido de que entiende la verdadera naturaleza del animal basándose en la parte que tiene en sus manos. Para uno, el elefante tiene forma de cuerda; para otro, de árbol. Pero ninguno puede definirlo en su totalidad»⁶.

4. *Esplendor y nada*, Barcelona, Leqtor, 2006.

5. Ver Lacan, J., (1949): «El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica», *Escritos*, vol. 1, México D.F., Siglo XXI, 1989, (15º ed.), (1ª ed. en francés, 1966), pp. 86-93.

6. Entrevista concedida por el director a *Cahiers du Cinema* referida en *El País*, 28 de noviembre de 2003.

Como intentaré mostrar a continuación, la pretendida austeridad crítica de Van Sant no es tal ya que sí da alguna respuesta a la pregunta sobre el origen de la violencia adolescente o, al menos, plantea una serie de cuestiones al respecto y da las pistas para responder a ellas.

Daré mi punto de vista comenzando por los interrogantes que me asaltaron al despertar súbitamente de madrugada tras haber visto *Elephant*: ¿Dónde están los padres en la película? ¿Qué tipo de relación mantienen hoy con sus hijos? ¿Qué referentes constituyen?

Desde la primera escena Van Sant pone sobre la mesa esta cuestión. El padre de John conduce borracho. John le obliga a bajar del coche ocupando su lugar al volante. «Mamá te va a matar» le dice John a su padre. Por su parte, el padre ordena a John que se ponga el cinturón de seguridad, cosa que un instante después él mismo olvida hacer. Al llegar al instituto, John le pide al padre que espere hasta que vengan a recogerle. El director del instituto espera a John en su despacho para reprenderle por haber llegado tarde pero no le dice nada. Ambos permanecen en silencio, mirándose a los ojos: no hay nada que hacer, nada que decir. A continuación, John se refugia en una gran sala vacía, mira al techo y comienza a llorar discretamente. En ese momento acontece una de las escasas escenas afectuosas de la película: una chica se acerca a John, le acaricia el pelo y le pregunta:

— ¿Tienes algún problema?

— No lo sé —contesta John.

Ella se limita a besarle, para sorpresa del chico. Sorpresa por el afecto gratuito, por un desinteresado gesto de cariño.

Efectivamente, en John anida un problema profundo, casi imperceptible de tan visible, cuyos efectos se hacen notar en cada pequeño acto cotidiano. El padre (que no el papá), en tanto referente y mediador, en tanto Ley simbólica, parece estar desapareciendo para este John que, desorientado en su engañosa omnipotencia, no tiene límites para gozar pero tampoco para sufrir.

John siente que algo no va bien. John llora, pero todavía puede alcanzar a preguntarse si hay alguien ahí. Sin embargo, ¿qué hay de los impopulares, de aquellos que se sienten la escoria del instituto? Eric y Alex, quienes devendrán asesinos, tienen la desoladora certeza que nadie vendrá a recogerlos nunca más, saben que están definitivamente solos ante un vacío abismal.

Definitivamente, los padres no están allí donde supuestamente deberían estar para estos chicos que vagan solitarios en la inmensidad, expues-

tos azarosamente a uno y otro lado de la violencia. Dominar, ser dominado parece ser el movimiento maniqueo de los tiempos en los que viven: tener poder, popularidad, una buena imagen. Pero no olvidemos que hoy todo es posible, así que, quien fue víctima puede convertirse en verdugo comprando algunas armas por correo.

Los padres de Alex (no digamos los de Eric) son, de puro ausentes, un mero trámite alimenticio. Su actitud hosca y distante no denota interés alguno por su hijo, un hijo que sigue pidiendo a gritos, a balazos en este caso, que alguien le escuche. Pero nadie lo hace, así que: ¡Conviértete en un ganador, cómprate un arma y cárgate a unos cuantos! ¡Saldrás en las noticias de la noche y serás, al fin, visible!⁷. Visible para todo el mundo, para un mundo que se echa ahora las manos al cabeza espantado por la dimensión de la tragedia, para un mundo políticamente correcto que pondrá entonces en marcha todos los recursos posibles para explicarse qué ha ocurrido, para encontrar una solución. ¡Rápido, pasemos a la acción! En una sociedad gobernada por la imagen es preciso aparentar que se hace algo, que se entiende algo, en este caso que la violencia tiene una explicación y que puede erradicarse, como si de una enfermedad orgánica se tratara.

Frente a lo real de la pulsión de muerte, la sociedad, que prefiere seguir ignorando los orígenes del conflicto, opone lo imaginario del sentido ofreciendo programas de intervención empíricamente validados que sostienen la ilusión de hacer desaparecer para siempre el horror de la creciente violencia juvenil. Programas supuestamente eficaces que, sin embargo, siempre llegan tarde.

Un buen ejemplo de ello fue la respuesta política ofrecida por la administración Clinton ante la masacre ocurrida en el instituto Columbine (Denver, Colorado) en abril de 1999, hechos en los que está basada *Elephant*. A partir de este trágico suceso la violencia juvenil adquirió en EEUU el estatus de «problema nacional» y el Presidente, con el apoyo unánime del Congreso, puso en marcha diversas medidas, entre ellas la solicitud al Ministerio de Sanidad de un informe exhaustivo sobre el estado de la cuestión⁸.

7. Encontramos un ejemplo real de lo dicho en el tristemente conocido crimen de San Fernando (mayo, 2000): Dos chicas de Cádiz, de 16 y 17 años respectivamente, mataron a una compañera de 16 a puñaladas para «experimentar qué se sentía al matar a una persona» y por desear «hacerse famosas».

8. «Youth Violence: A report of the Surgeon General», en:
<http://www.surgeongeneral.gov/library/youthviolence/report.html#message>

Este informe, publicado en 2001 y de libre acceso en Internet, fue dirigido por relevantes figuras del ámbito de la medicina quienes establecieron que la violencia juvenil era un problema «de salud» antes que un problema social y de educación. Con esta denominación la violencia juvenil adquiere el rango de enfermedad, de «epidemia», según dice el informe. Esta conclusión es tranquilizadora para una sociedad medicalizada que confía ciegamente en el poder de la ciencia para actuar contra cualquier mal «identificándolo, controlándolo y curándolo» mediante técnicas *inquestionablemente* eficaces, hasta acabar con él⁹.

Sin embargo, este informe, que emplea grandes palabras para decir que «la violencia juvenil es un asunto de alta visibilidad y prioridad en cada sector de la sociedad de EEUU» y que invoca demagógicamente la prevención como valor máximo, llegó con mucho retraso, concretamente ocho años después de 1993, año considerado por el propio informe del «pico» de la violencia juvenil. Muchos años después de que investigadores, periodistas y profesionales que trabajan con adolescentes en EEUU denunciaran públicamente el aumento significativo de este tipo de violencia¹⁰.

¿Qué hay, entonces, de la tan aireada prevención? La prevención está eternamente descuidada, se la recuerda cuando el drama se desencadena pero nunca llega a ponerse en marcha pues en ese momento la prioridad es resolver *el problema* puntual, dar una respuesta contundente a la alarma social. Es sabido que la acción que representa la legislación expresiva¹¹ es políticamente rentable por su supuesta eficacia. En cambio, la prevención, esa apuesta a largo plazo, puede acarrear costes políticos irreparables.

En política es infinitamente más ventajoso invertir, por ejemplo, en investigación científica *ad hoc* que en servicios sociales y de educación, puesto que el objetivo a alcanzar está mucho mejor acotado. Así, no sería de extrañar que acabara por establecerse científicamente un «síndrome

9. Sin embargo, desgraciadamente, desde la matanza del instituto Columbine otros sucesos semejantes han acontecido en EEUU, concretamente el reciente asesinato de 32 personas en una Universidad de Virginia por un pistolero de 23 años (16 de abril de 2007). El Presidente Bush se ha declarado «horrorizado» y reza por los fallecidos al tiempo que recibe gustoso el respaldo político y económico de la Asociación Nacional del Rifle.

10. Un buen ejemplo de ello es el artículo de Mareeva Brown: «Abuse of parents by teens increases: Victims frequently silenced by shame», *Bee*, 30 nov., 1997: http://www.sacbee.com/static/archive/news/projects/violence/part_11.html

11. Julio Carabaña, «Contra la legislación expresiva», *Revista de Libros*, 109, enero 2006, pp. 28-29.

Columbine» localizado en una determinada área cerebral y combatido mediante un tratamiento químico eficaz. ¿No proporcionaría semejante hallazgo mucha más *visibilidad* política y productividad económica que cualquier inversión en educación (es decir, en mera prevención), cuyo plazo y cuya eficacia son indefinidos y cuyo éxito, si lo tuviera, sería en todo caso rentabilizado políticamente por otros?

Es cierto que hay un significativo aumento coyuntural de la violencia en las relaciones sociales y, concretamente, en la etapa adolescente¹². Pero ¿cómo podría ser de otra manera si el sujeto hipermoderno vive en la ilusión de que todo puede y *debe* ser perfecto? El narcisismo exacerbado del ciudadano medio hace que, cada vez con mayor intensidad, las relaciones personales se diriman violentamente, en una suerte de fetichización relacional por la cual las personas dejan de ser semejantes para ser tomadas por objetos que incorporar o que rechazar.

Sirva como ejemplo la escena de *Elephant* en la que tres amigas conversan en el comedor. Hablan de ir de compras juntas, pero una de ellas ha quedado con su novio. Las otras se sienten traicionadas y no dudan en exigir violentamente una fidelidad asfixiante. No pueden soportar verse excluidas, quedarse sin su amiga-objeto: ¡Gocemos juntas, mimeticémonos, fagocitémonos!

Considero que, ante este tipo de violencia narcisista no cabe más prevención que aquella que se dirija a educar en la ciudadanía responsable, es decir, a enseñar la necesidad del respeto a uno mismo y a los demás. Para ello sería importante, como punto de partida, que los padres y sus sustitutos, los profesores, se permitan (y se les permita) ejercer una autoridad moral de la que frecuentemente dimiten (o se les hace dimitir). Una autoridad cuya función es establecer un límite consistente en transmitir a los menores que no todo es posible, que no todo es exigible, que en la vida hay que aprender a soportar un cierto montante de frustración y de malestar. Pero esto sería tanto como ir contra los tiempos, esto sería hablar en negativo a un mundo que, impregnado de un consumismo desbocado, no tolera un «no» por respuesta¹³.

12. Los medios vienen informando con una frecuencia alarmante de nuevos episodios de violencia juvenil, concretamente en relación con los modernos fenómenos de Bullying y de violencia de hijos a padres.

13. En este sentido, resulta de interés la lectura del libro del profesor Ricardo Moreno Castillo, *Panfleto Antipedagógico*, Barcelona, Leqtor, 2006.

Desde mi punto de vista, hay una diferencia esencial entre *autoritarismo* y *autoridad*. El primero tiene que ver con la imposición mientras que el segundo se refiere a la transmisión. Muy lejos de retroceder a un paternalismo autoritarista afortunadamente superado, se trataría de que los padres transmitan su autoridad a sus hijos, una autoridad que tiene que ver con el saber de la vida. Y, en este sentido, no hay otra autoridad que la de la transmisión simbólica de una Ley, que es la ley de la castración, aquella que marca al ser humano como incompleto. Sólo desde esta experiencia contraria al goce narcisista, el sujeto, niño o adulto, será más capaz de afrontar su malestar estructural pudiendo manejarse con él de forma más autónoma y responsable.

La actual difuminación de las fronteras entre el lugar de los padres y el de los hijos queda bien reflejada en la película cuando una chica de dieciséis años se queja ante sus amigas de que su madre registra sus cajones cada día: «¿Qué espera encontrar?», se pregunta. En efecto, ¿qué espera encontrar una madre entre las mantas de su hija sino el rastro de su propio deseo, sino identificarse con su retoño, verse reflejada en sus actos y, porqué no, ser su competidora en una suerte de identificación al revés? Se trata de la misma identificación a la contra que hemos visto al principio y veremos al final de la película en la relación entre John y su padre.

Cuando comienza la masacre, John sale del instituto en busca del padre que ya no está donde lo dejó: «¡Papá!» —grita John al aire. Un rato después aparece el padre desconcertado, fuera de lugar, culposo como si se tratase de un niño que llega tarde a casa. John, ocupando de nuevo el lugar que su padre ha dejado vacío, le pregunta: «¿Estás bien...? ¿Dónde estabas?». El padre balbucea, primero intentando excusarse e, inmediatamente, dándose cuenta de la situación, dice: «Yo sólo... Lo siento, tienes miedo». Una vez más, el padre, como ejemplo o referente, llegó tarde. ¿Qué orden psíquico asegura este padre para su hijo? ¿Qué ley de vida transmite? ¿Qué límites subjetivos y sociales establece?

La desorientación de los padres lleva a la de los hijos. Éstos, en la película, transmiten una honda sensación de soledad contra la que cada cual lucha a su manera. Así, una mirada desconcertada hacia arriba cobra distinto sentido dependiendo de donde provenga. Michelle mira al cielo como presintiendo la venida de algún acontecimiento fuera de lo normal, John eleva la mirada buscando un sentido a su vida, y Alex observa techo del comedor escolar de manera ciertamente ambigua puesto que lo que en un primer momento sugiere desamparo se torna, un segundo después, en la mirada fría de quien planea un asesinato a gran escala. En cualquier

caso, se trata de las miradas de la soledad, del vacío que puede llevar, según a quién, a decir: «Supongo que ha llegado la hora. Hoy vamos a morir y ni siquiera he besado a nadie».

En conclusión, la verdad dramática de lo real está ahí mismo y no podemos verla camuflada tras la idílica y engañosa imagen que conforma la realidad. Tan radical es Van Sant en el modo de decirnos esto a través de sus imágenes que a uno se le pasa fácilmente por alto en el momento en que está mirando la película. Es después, siempre tarde, cuando uno cae en la cuenta de que tenía la cosa delante de las narices y no se daba cuenta. De tan visible, el problema pasa desapercibido. Como le ocurre al padre de John, como también me ocurrió a mí tras ver por primera vez la película, uno siempre se sorprende con retraso. Al igual que lo inconsciente, los efectos de los pequeños gestos cotidianos siempre nos cogen desprevenidos. Lo menos que podemos hacer es estar advertidos de su presencia.